



TRAVESÍAS (Viaje a la semilla). En el cincuentenario de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

José J. Rodríguez Vázquez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Departamento de Ciencias Sociales

Para Annie Gómez y Yeya

Casi sin percatarme, pensando en algunos sucesos que decir para esta ocasión, se comenzaron a mezclar en mi perspectiva una serie de ideas que me habían regalado otras miradas. Esto que me ha dado con llamar Travesías: viaje a la semilla, tiene que ver con una serie de migraciones, desplazamientos que sólo son posibles en un barco –la universidad- con una tripulación –los universitarios- hacia un puerto: la formación de ciudadanos aptos para laboral por el bienestar de su país equipados con la autoridad de la cultura. Tan reciente como el viernes de la semana pasada, en el “Seminario de Estudios Julio Ameller y Vacaflor sobre pensamiento iberoamericano y debates filosóficos contemporáneos” – y que bueno que digo el nombre de don Julio, pues estamos aquí para darle forma a la memoria organizándola desde el principio de la gratitud con lo que nos ha sido dado (Hannah Arendt)- los compañeros Karen Entrialgo y Gabriel Alemán, junto a nuestros profesores jubilados Héctor Otero Burgos, Ramón Corrada del Río y Jaime Roberto Colón Meléndez, recorriamos la obra del filósofo alemán Federico Nietzsche, intitulada *Crepúsculo de los ídolos* o *El ocaso de los dioses*. En ese transcurrir algo se me quedó adherido como inquietud, como pregunta. Era un “lapsus” del autor, una digresión, limitada y profunda, -en apenas 2 páginas- en la sección que titulaba “Lo que los alemanes están perdiendo” y que el pensador llamó “las tres tareas en razón de las cuales se tiene necesidad de educadores”. Educar, señalaba este genio trágicamente desvanecido, es una relación que se produce para “aprender a ver, aprender a pensar y aprender a hablar y escribir”.



Como este es el principal itinerario de este proyecto de educación superior que se llama Universidad y, por lo tanto, la tarea principal de nuestra institución, permítanme hablar sobre estos tres esfuerzos que hacen posible el viaje. Aprender a ver, adquirir perspectiva, dice Nietzsche, requiere “habituarse el ojo a la calma, a la paciencia, dejar que las cosas se nos acerquen; aprender a aplazar el juicio, a rodear y a abarcar el caso particular desde todos lados”. Para ver, insiste en advertirnos, no se puede reaccionar abruptamente, hay que controlar la superficialidad del opinar y del creer, esa manía que ha invadido el espacio público y hace imposible diferenciar el ruido de la música. Instruirse es entonces una empresa de conquista que requiere disciplinarse para encauzar la mirada en la aventura.

Desde esa concentración irrumpe el pensar. Pero el pensar no es algo natural o al menos no le es suficiente con ese darse espontáneo e inmediato. El pensar necesita, plantea Nietzsche, una técnica, un plan de enseñanza y un deseo de maestría. El pensar debe ser estudiado, añade, como ha de ser aprendido el bailar, como una especie de baile con las palabras y los conceptos. Viajando por el mundo y la escritura, travesía educativa que es el propósito del proyecto universitario, se aprende, y permítanme que agregue a Roland Barthes, a ver/leer, levantando la cabeza, a ver/leer haciéndonos preguntas, a ver/leer desde todos los ángulos.

La tercera faena esencial, luego de ver y pensar, es “aprender a hablar y escribir”. La primera actividad, hablar, eso fue lo que hicimos en el Seminario y en nuestro programa radial El sur también existe. La segunda, escribir, Nietzsche la llama bailar con la pluma, esos son los movimientos que me puse a ensayar para poder exponerlos hoy ante ustedes en este inicio de fiesta que es remembranza y gratitud.



Celebrar la Universidad es transitar con ella y en ella. Travesía, pues, en Nietzsche, acompañado de amigos que miran, piensan y hablan; obsequios todos ellos –el filósofo y los compañeros- que me recuerdan que educarse –maravilla que aspira realizar la universidad- es insertarse en un campo cultural y estar con los otros. Que sea posible este periplo, que exista este lugar en el que se puede “aprender a ver, pensar, hablar y escribir”, es lo que comenzamos a conmemorar hoy aquí. Este regalo que se llama la Universidad de Puerto Rico en Arecibo; este presente, que estaría incompleto si se redujera a plazoletas, pasillos, oficinas y salones vacíos, y que existe para que sea posible una fiesta, es el tiempo y el espacio de las miradas atentas que danzan con las palabras y, que más allá de la formación científico-técnica y profesional, hacen posible que exista una comunidad de inteligencias alegres, iconoclastas y utópicas.

Para entender cómo se llega a la Universidad de Puerto Rico, sin proponérmelo, hice otro viaje. Mis últimas obligaciones docentes me habían llevado por otros mares. Ya lo había recorrido, es cierto, hace años, y lo había desechado. Atrapado feliz en las advertencias nietzscheanas, volví ahora a transitarlo, a verlo, con paciencia, dejando que se acercara a mí para que lo significara, rodeándolo para abrazarlo desde todos los lados y descifrar sus corrientes. Era otro azul, otro texto, otro acontecimiento, uno de esos escritos políticos fundacionales que, polémicos e inconclusos, quedan siempre abiertos al ejercicio de la interpretación. Ese texto a explorar se llama la Constitución del Estado Libre Asociado. Sí, la Constitución del ELA, el texto de eso que ya todos ustedes saben en bancarrota, el texto de una “ilusión óptico-moral” que ha marcado nuestra vida como colectividad política por más de seis décadas.

Primero, lo confieso, fui dominado por el impulso de opinar, comencé en actitud beligerante, como un poseído propietario de las claves para desencantar trampas jurídicas y casi



rayando en los delirios de uno de esos unguados portadores de imperativos morales que quieren convencernos de que son “imprescindibles”. Pero sin desechar la actitud crítica, hice un alto, escuche a Nietzsche, y experimenté lo que es ver/leer levantando la cabeza, empecé a moverme en las palabras y en los conceptos. Lentamente fue revelándose ante mí algo valioso, intangible. Era una convicción de gran alcance que, para que no se sientan incómodos en sus asientos, o para que se sientan incómodos en sus asientos, no tenía nada que ver con el status. Era una apuesta generacional para echar alas. Era una certeza compartida por todos los bandos. En torno a ella, ya no había enemigos. Era un proyecto, una herencia de la Ilustración kantiana para salir de la minoría de edad, un arma para proteger a la comunidad de la lógica del capitalismo salvaje; el ejercicio que tenían que hacer los pequeños para hacerse fuertes y asaltar el futuro.

Estaban primero los postulados de una cultura democrática, cívica, que por valiosos, y más allá de sus límites, no pueden desecharse con un manotazo apresurado de superficialidad o con las ilusiones óptico-morales de otras creencias políticas. ¿O le pertenece el tema de la dignidad humana a alguna tribu? ¿O la igualdad no es la asignatura pendiente y el principio ético-político máximo por el que se debe luchar en el siglo XXI? ¿O el respeto a la vida y la privacidad de las personas están para que se los entreguemos y sean pisoteados por los energúmenos que hablan de mano dura y de ley y orden?

Afirmados los derechos y deberes quedaba lo fundamental. El cómo implantarlos para que ayudaran a materializar la comunidad imaginada. ¿Voy de prisa? ¿Exagero? Por supuesto que conozco bien sus objeciones. Que no bastan los diagramas en un plano para que existan los pueblos. Y claro, que, además, ese mar está hecho de muchas mordazas; que ese mar también esconde muertos y encarcelados; que son falsos sus cantos de sirena, las entelequias del convenio,



la más quimera que real unión permanente, y la amistad artificial que oculta el dominio entre pueblos desiguales en los inicios de la Guerra fría. Sobre esto, ya sabemos, seis décadas de discrepancias, muchas de ellas para mi fundamentales y justificadas.

Pero había algo más en ese cómo, algo vital para la sobrevivencia de ese “Nosotros” indispensable y abierto. Y eso fue lo que se me acercó cariñosamente para que lo significara. Era una semilla, una palabra, un regalo para hacer posible el “ver, pensar, hablar y escribir”, era la esperanza. Lo que los puertorriqueños de esta generación de mediados de siglo XX compartían, más allá de sus diferencias sociales, raciales, religiosas, políticas y de género, -por encima incluso de la violencia y el resentimiento- era saber “qué querer” y “que querer” es una actitud que ennoblece. Tenía que ver con saber que la fuerza de un pueblo no estaba en su extensión territorial, no estaba en la superioridad económica, ni en poseer una capacidad militar aniquiladora. Si en la isla los factores de producción de tierra y capital eran escasos, quedaba el trabajo, quedaba la población, quedaban los trabajadores. Ese era el recurso económico principal convertido en potencia constituyente, lo que había que elevar mediante una técnica: sí, educando para aprender a ver; sí, educando para aprender a pensar; educando para aprender a hablar y escribir. Lo que todos aquellos puertorriqueños comprendieron y nos legaron fue esa semilla; es la convicción de que hacer(se), hacer(te), hacer(nos) sólo es posible mediante la educación y que es esta empresa la que habrá de proyectarnos hacia el futuro. Puerto Rico es y será por la profundidad y sensibilidad de un proyecto educativo capaz de forjar una cultura democrática, basada en valores ciudadanos, que haga posible enfrentar las adversidades. Si esto colapsa, de poco servirán las ficciones ideológicas y la fe, como siempre infundada, en “milagros jurídicos”.



Y nada de alucinaciones por excesos de alegrías. Las celebraciones no deben hacernos ingenuos. Los logros no deben convertirnos en descuidados. La travesía de la Universidad, de la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, es un proyecto incompleto y, peor aún, un proyecto amenazado. Por eso son indispensables al menos dos advertencias. Primero, que toda historia es historia de luchas y es un vaivén que a veces se hace vértigo, nos hace tambalear, caer y casi nos derrota. No hay un telos, un triunfo seguro que se vuelve invariable. Lo conquistado no está asegurado y no es imperecedero. Existen enemigos internos y externos, existen actitudes y descuidos perversos. Eso ya lo sabemos. Segundo, que el presente es borrascoso. ¿Qué quedará de la autonomía universitaria y de la participación de la comunidad en esta crisis que habrán de resolver los tecnócratas sin alma, tan sabios, tan serios, tan elegantes, tan pilas de mierdas perfumados?

Pero de la apuesta educativa y de sus expectativas, que hizo aquella generación, es que venimos. De eso que comprendieron todos y ayudaron a emprender muchos, de ese “afán de educación” y “derecho a la educación” de calidad accesible a todos los capacitados. Desde esa convicción, surgió, 14 años después, la Ley Núm. 1 del 20 de enero de 1966 según enmendada. Su propósito: fortalecer el proyecto de educación superior universitaria. El sistema universitario público pasó a ser la empresa más significativa en la historia moderna del pueblo puertorriqueño. Su misión esencial: producir mediante el arte de educar los encantamientos del ver, pensar, hablar y escribir. Y no fueron simples palabras, ha sido algo más, algo vital. Y es que como todos sabemos, el deseo se ha hecho un lugar poblado de gente que mira, baila con las palabras, sueñan, se comunican. El “afán de educación” ha devenido universidad y en ella se cultiva, con firmeza y aplomo, la pasión por comprender como vía para la libertad y el hacer “en común”.



Venimos de allí. De esa cultura cívico-pedagógica que afirma la importancia de educar surgió, allá para el 1967, una expansión del proyecto universitario. La certeza de que es fundamental constituirnos como un pueblo instruido se convirtió en Colegio Regional de Arecibo. La travesía institucional alcanza ya hoy sus 50 años y ha conllevado: desplazamientos geográficos -desde el Barrio Buenos Aires hasta esta finca hermosa que mira el mar, la ciudad, el litoral y la cordillera central-; cambios de nombre que expresan transformaciones fundamentales -CRA/CUTA/CUA/UPRA-; la transmutación de un lugar de paso en nivel graduado de bachillerato, con sus múltiples programas; el aumento significativo en el número y la calidad de los estudiantes y la misión cumplida materializada en las muchas generaciones de egresados.

Bueno, y porque este regalo ha tenido forjadores, porque nada de esto hubiese sido posible sin el entusiasmo, sin los sacrificios, y sí, claro que sí, sin las rectificaciones y las reconciliaciones, es que hoy damos inicio a las actividades conmemorativas del medio siglo de existencia institucional practicando la gratitud de honrar a dos nuestras, de honrar a Aurelia Serrano González, “Yeya” y a nuestra catedrática, Ana J. Gómez Marrero, “Annie”. Como sé que a continuación estarán leyéndose semblanzas de ellas, me voy a limitar a decirles esto, alto y sin titubeos: Sin el ejemplo de ustedes, a este proyecto le hubiesen faltado muchos aciertos, sin lo que ustedes representan, a todos sus compañeros, este milagro difícilmente hubiese acontecido. Para mí, quizás la mejor manera de concluir este baile con la pluma es recordarles a todos los presentes el homenaje que les hizo, hace ya un tiempo, el poeta cialeño Juan Antonio Corretjer Montes: “Alabanza a todas las manos que hoy trabajan, porque ellas construyen y saldrá de ellas, la nueva patria liberada”. ¡Qué viva la Universidad de Puerto Rico! ¡Qué viva la Universidad de Puerto Rico en Arecibo!